

Quando mi carne yerta y macerada

Desnudo hacia Ti voy, Dios de los Cielos;
atrás, quedo mi oro y vanidad
lastre terreno,
y vuelo con las alas del espíritu
a tu mansión sagrada, mi Dios bueno.

¡Oh, noche plateada de mis sueños
cuando el ansia de ser, era el beleño,
de mi ambición dorada!

¡Oh inmaculada noche con luceros
refulgentes cual corazón piadoso;
oh, bello despertar, dulce y dichoso,
de un sueño que murió con la alborada!

Cuando mi carne yerta y macerada
habite con unción la sepultura
soltaré de la cárcel, con premura,
el ave que anidó en mí, desolada.

Quiero vivir feliz como las flores,
perfumando el jardín de mis amores:

Por eso, como pluma leve al viento
hacia Ti, padre eterno, pilotando
mis caras ilusiones, voy bogando,
en lucha con los duros elementos.

J. RAMOS APARICIO



Voces y expresiones viciosas

Estridencia

CUANDO el «vulgum pecus» adopta una palabreja ya puede tirarse el látigo, aunque sea el mismísimo Cavia quien lo maneje. El número ha sido siempre el principal enemigo de la razón. ¡Quién lo diría, dado el estrechísimo vínculo que existe entre uno y otra! Pero así es, y si alguien lo duda ahí está, en apoyo de mi afirmación, el vocablo objeto de este palique.

Estridencia—término ideológicamente sonoro—suena en todos los labios; y peor aún, sale de todas las plumas, por doctas que sean, con el mismo desenfado que si hubiese servido de modo de expresión a Cervantes, Lope y Quevedo. El vulgo, la mesocracia de la cultura, e incluso el ultra alfabetismo literario, como veremos después, prohija a cada paso tan ruidoso sustantivo, importándoles un ardite cuantas razones alegase en contra suya—del terminaje—el escritor aragonés.

Quizá no fueran concluyentes todos los argumentos empleados por Cavia para desterrar del idioma dicha voz, pero uno solo bastaría: que ningún autor de verdadera solvencia la usó, y sí en cambio estridor, su castizo equivalente.

Sacar estridencia de estridente, existiendo el sustantivo estridor, observaba «Un chico del Instituto», sería lo mismo que si «de lo caliente, lo ferviente y lo oliente inventásemos ahora la *calencia*, la *fervencia* y la *olencia*, dando al diablo el calor, el fervor y el olor» (1).

No es por ahí, a mi modesto juicio, ni por el molde catalán que se atribuye a la palabreja citada, por donde puede llegarse a proclamar con éxito su improcedencia, pues dolor, dolencia y doliente; influjo, influencia e influyente; saber, sapiencia y sapiente;

(1) *Limpia y fija...* (Madrid, 1922) pág. 123.

resplandor, resplandecencia y resplandeciente; etc., atestiguan que tales procesos lingüísticos son correctos o al menos admitidos como legítimos.

La palabreja mete ruido, cuya forma latina más próxima *stridentia* la veremos en las *Geórgicas*, de Virgilio: «...*alii stridentia tintunt...*» (Lib. IV) es recusable por falta de buenos valedores. Porque el lenguaje recibe el espaldarazo que lo acredita como excelente, de los autores que la fama elevó a su pináculo, y la tal dicción, no anduvo en la pluma de los clásicos, ni en la de los seguidores de éstos, y sí, en boca del vulgo, de indoctos y advenedizos, y lo que es más grave aun de quienes gozan de reputación literaria, bien merecida en cuanto toca a otros aspectos, pero, a todas luces falsa, en lo que se refiere al lenguaje. ¡Cómo si hoy se pudiera ser buen tañedor de flauta con una de caña entre los dedos!

Veamos ahora a los malos hablistas, aunque nada se logre trayéndolos a la picota.

«La risa, el diálogo, las canciones y los juegos carecen de la *estridencia* y del *totum revolutum* de las cubiertas...» Bartolomé Soler: *Tamara* (Barcelona, 1953) pág. 268.

«Al moverse en la cama, los muebles sonaron con *estridencia*» Luis Goytisolo-Gay: *Las Afueras* (Barcelona, 1956) pág. 92.

«...porque sólo el poema alusivo y sin *estridencia* puede impedir...» Juan Petit, trad. de *Estructura de la lírica moderna*, de Hugo Friedrich (Barcelona, 1959) pág. 210.

«Queda por debajo de todo este zafarrancho de *estridencias*...» Juan Luis Alborg: *Hora actual de la novela española* (Madrid, 1958), pág. 105.

«Con una súbita *estridencia*...» Manuel Bosch Barret, trad. de *El poeta y los lunáticos*, de G. K. Chesterton, (Barcelona, 1959) página 147.

Un notable novelista, autor de *Marcos Villari*, un laureado escritor, un excelente catedrático y un buen crítico literario, adoptantes del termino recusado, y otros muchos más cuyos malos ejemplos no transcribo por no dilatarme demasiado.

He aquí el reverso de la medalla:
Empecemos con un clásico por los cuatro costados, pues figura en el Diccionario de Autoridades, Juan de Padilla, el *Cartujano*;

muy discutido como poeta, pero que en el ejemplo transcrito, supo donde le apretaba el zapato:

Levantán la grito con mil estridores,
Diciendo, ¿qué quieren aquestos insanos
Cerca del pozo de los pecadores?

«...al son desgarrador de sus lamentosos gruñidos, cuyo estridor ahora francamente no podíamos soportar» Emilio Castelar: *Fra Filippo Lippi*.

«...el recuerdo de su pecho roto; el estridor de sus mandíbulas rechinantes...» Ibidem, pág. 88.

«...y haciendo sonar en terrible estridor sus huesos mondados...» Ib., pág. 184.

«Las vociferaciones tomaban el estridor de amenazas» Ib., t.º II, pág. 185.

«Aumentó en la Corte el número de los enemigos ostensibles de Nitard y subieron de punto sus estridores» Duque de Maura: *Vida y reinado de Carlos II*, pág. 138.

«Del mismo modo que quien comete la imprudencia de lanzar un grito ante una jaula de papagallos, loros y cotorras ha de soportar horrisona disonancia de agudos estridores...» Ibidem, pág. 305.

«...y Dios pondrá patente lo más escondido del corazón: habrá llantos, estridor o crugido de dientes...» José Cayetano Díaz de Beyer, trad. de *La Ciudad de Dios*, de San Agustín, t.º IV, pág. 42.

«...¿por qué oímos tantas cosas sin querer, que penetran en nuestros oídos cerrados, como ocurre con el estridor de la sierra próxima o al gruñido del puerco» P. Victorino Capanaga, trad. de *De la Naturaleza y de la Gracia*, de San Agustín, t.º I, pág. 889.

«El ingente esfuerzo...se manifiesta con trémula conmoción y con estridor de dientes...» Ramón Menéndez Pidal: *La España del Cid*, (Madrid, MCMXXIX) t.º II, pág. 641.

«La causa del estridor es, según es sabido, puramente mecánica», Ramón y Cajal: *Recuerdos de mi vida*, (Madrid, 1917), t.º II, página 387.

«...descartar o aminorar, al menos, el desapacible estridor». Ibidem, pág. 398.

«O, supremo clarín, de horribles estridores», Vicente Gaos:
trad. de *Poesías*, de Rimbaud (Madrid, 1946), pág. 49.

Si *estridencia* es incorrecto
de la cabeza a los pies,
aunque se usara en el Lacio
y más tarde en Sabadell,
(en el Lacio, como es obvio,
con otro oficio, pardiez,
que *stridor* dicen los clásicos,
los clásicos cien por cien),
observemos el ejemplo
del insigne aragonés
que repudia tal voquible
como acabamos de ver.
¡Váyase *estridencia* al diablo
y estridor sobre el pavés!
He aquí lectores, al menos,
mi modesto parecer,
y es juicioso quien lo siga
y quien no, peor para él.

Un APRENDIZ de HABLISTA



Un documento del siglo XVI sobre la vida de Plasencia

*Dexó Ambroz en Plasencia
Torre castaños y pinos,
Don Alonso en consequentia
Tras las Navas dio en herencia
Veinte leguas con vezinos.
Dexola muy torreada.
Libre, rica, generosa,
Sobre todo libertada,
Que es la mas preciosa cosa
Que puede ser deseada.*

—incluido entre los folios 2 v. y 3.—

«*Placentiae urbis et eiusdem episcopatus descriptio*»

Damos a conocer el, hasta ahora, más viejo documento gráfico que existe sobre la ciudad de Plasencia, y que aparece incorporado al «manuscrito» número 2650 de la Biblioteca de la Universidad de Salamanca.

Dimos con este manuscrito, que permanecía inédito e ignorado, investigando sobre la vida de LUIS DE TORO, Físico y Médico de Plasencia, del siglo XVI; figura central de nuestra tesis doctoral.

Valiosamente auxiliado por el muy ilustre señor don Florencio Marcos, Bibliotecario de la Universidad y Canónigo Archivero de la Catedral de Salamanca, pudimos hacernos con este raro manuscrito que fué preparado para obsequiar al obispo electo de Plasencia, don Martín de Córdoba.

Además de este gráfico, el manuscrito tiene otros tres dedicados al escudo de la ciudad, al escudo de don Martín y a un plano de la diócesis.

En él nos dice Luis de Toro cómo era la vida de Plasencia en 1573, y nos da a conocer las aficiones históricas de su autor, que le llevan hasta recoger en sus páginas las grafías de los documentos romanos que en aquel entonces existían en la ciudad, resultando ser así el primer documento arqueológico de la capital, geofísica, de la Alta Extremadura. La importancia de estas notas, han dado origen a un trabajo nuestro que ve la luz en la revista «Archivos, Bibliotecas y Museos».

Para la ciudad de Plasencia tiene este documento un interés extraordinario, porque se trata de una historia hasta ahora completamente desconocida y más antigua que la de Alonso Fernández, que se tenía por primera. Tenemos la particular impresión de que este